

## LECCION XVIII.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Segunda parte de la misa (continuacion).— Evangelio.— *Credo*.— Analogías entre las ceremonias de la segunda parte de la misa y las circunstancias de la Pasión.— Sentimiento que debe dominar en nuestro corazón.— Tercera parte de la misa.— Ofertorio.— Ofertorio en los primeros siglos.

I. Segunda parte de la misa (continuacion).— Contestando á la Epístola con el gradual ó el tracto, el *alleluia* y la prosa, la asamblea de los fieles se ha mostrado dispuesta á poner en práctica las santas lecciones que le son dadas; la voz de los Profetas y la de los Apóstoles la ha preparado para oír una voz mas santa aun, la del Hijo de Dios, señor de los Profetas y de los Apóstoles; silencio, que va á hablar, pues va á leerse el Evangelio; recojámonos para escucharlo, ó mejor estudiemos las ceremonias que acompañan su lectura, pues ellas bastan para comunicarnos las disposiciones que la fe exige de nosotros.

El celebrante se coloca en medio del altar, levanta los ojos al cielo, y luego inclinándose profundamente, hace la siguiente oracion: «Dios todopoderoso, purificad mi corazón y mis labios; Vos que purificásteis los labios del profeta Isaías con un carbon hecho asca, dignaos por vuestra pura misericordia santificar mi corazón, á fin de que pueda anunciar dignamente vuestro santo Evangelio.» De este modo el sacerdote, que no se cree jamás bastante puro para repetir las palabras de vida que salieron en otro tiempo de la boca del Hombre-Dios, suplica al Señor que no abandone ni su corazón ni sus labios, durante cuyo tiempo los fieles deben tambien pedir á Dios que sus corazones sean como la buena tierra en la que la sagrada semilla fructifica y da ciento por uno.

La costumbre de leer el Evangelio en la misa data del tiempo en que fué escrito el divino libro<sup>1</sup>: ¿no es acaso muy justo que los que asisten al sacrificio de Jesucristo conozcan sus preceptos y sus ac-

<sup>1</sup> Bona, lib. II, c. 7.

ciones, é indiquen públicamente que le respetan y le aman? El Evangelio es el predicador de la cruz, y solo por ella triunfó; por esto es que el celebrante antes de leerlo hace sobre él la adorable señal, y luego sobre su frente, sobre sus labios y sobre su pecho, imitándole todos los asistentes. Hacemos la señal de la cruz en nuestra frente, para indicar que creemos las verdades contenidas en el Evangelio, que son nuestra gloria, y que jamás nos avergonzaremos de ellas<sup>1</sup>; en nuestros labios, para mostrar que estamos prontos á profesarlas altamente delante del mundo, ó como nuestros padres, á la faz de los tiranos, si fuese necesario; en nuestro pecho, para manifestar que están grabadas en él, que las amamos, y que serán siempre la regla de nuestros pensamientos y de nuestras afecciones. Mientras se lee el Evangelio los fieles permanecen en pié, como hombres prontos para el combate y dispuestos á seguir valerosamente á Jesucristo hasta el punto donde les designe; esta costumbre data de muy remota antigüedad<sup>2</sup>.

Terminada la lectura, el sacerdote besa el Evangelio en señal de amor y de respeto, y todo el pueblo, representado por el acólito, contesta: *Alabado seas, Cristo*. ¿Pudo haber jamás alabanza mas merecida? ¿Qué somos nosotros sino cautivos del demonio, desterrados del cielo, viajeros que atraviesan el desierto de la vida, el valle de lágrimas? ¿Qué es el Evangelio sino la buena nueva; la de su libertad para los cautivos; la de que se les han abierto las puertas de la patria á los desterrados; la de que un guia seguro y caritativo ha descendido del cielo para proteger y conducir hasta el fin de su jornada á los viajeros? ¡Ah! si considerásemos lo que somos desde el Evangelio, lo que fuimos antes del Evangelio, y lo que seríamos todavía sin el Evangelio, ¡con qué profundo sentimiento de gratitud exclamaríamos: *Gloria á Vos, Cristo*; Cristo, salvador del mundo!

En las misas solemnes la lectura del Evangelio va acompañada de ceremonias llenas de misterios, y destinadas á alimentar la piedad y profundo respeto que debemos á la palabra de Dios; el diácono coloca en el altar el libro de los Evangelios, y la costumbre de colocarlo y quitarlo de allí proviene de que antiguamente era llevado al altar con grandes ceremonias desde el principio de la misa,

<sup>1</sup> S. Aug. in Psalm. cxiii.

<sup>2</sup> Orden romano.

pues la Iglesia queria que los asistentes se representasen al mismo Jesucristo, viendo el libro que contenia sus divinas palabras<sup>1</sup>.

El honor de cantar el Evangelio está reservado al diácono, pues el respeto debido á aquel libro divino, la majestad de las ceremonias que acompañan su lectura exigen que desempeñe semejante cargo el ministro sagrado que mas se acerque á la dignidad sacerdotal<sup>2</sup>. Antiguamente en la iglesia de Alejandría desempeñaba el arcediano tan noble empleo, y en otras partes estaba reservado á los presbíteros y aun á los obispos en ciertas solemnes festividades, como sucedia en Constantinopla el dia de Pascua<sup>3</sup>. En Roma, sea dicho de paso, cuando el Sumo Pontífice celebra la misa solemne, la Epístola y el Evangelio se cantan en griego y en latin, el Evangelio por un cardenal, recordando la anunciacion de la divina palabra en ambas lenguas; la antigua union del Oriente y del Occidente, ¡union que ojalá la divina Providencia restablezca un dia!

El diácono sube al altar, se arrodilla, y reza la oracion que hemos copiado anteriormente: *Dios todopoderoso, purificad*, etc. En el diácono que sube al altar ¿no os parece ver á Moisés llamado por la voz del Eterno sobre el monte Sinaí, en medio de los truenos y rayos, para recibir la ley y transmitirla al pueblo de Israel? El Diácono se prosterna al pié del altar y ante el libro de la ley, porque sabe que no es propio del hombre el ser el órgano de las eternas verdades; se levanta y toma del altar el libro que contiene tan adorables verdades, lo que significa que las recibe de la misma boca de Jesucristo, representado por el altar, á fin de que los fieles no ignoren que son verdades del cielo las que van á serles manifestadas.

El diácono se arrodilla de nuevo, pide la bendicion al presbítero ó al obispo, y le besa la mano: antes pidió á Dios el poder anunciar dignamente el Evangelio, ahora solicita del presbítero ó del obispo el permiso de anunciarlo, pues en la Iglesia nadie debe ejercer ministerio alguno á no ser llamado á él; contestando á su peticion el celebrante le dice: «Esté el Señor en vuestro corazon, y en «vuestros labios, á fin de que anunciéis dignamente y como es necesario el Evangelio.» *Como es necesario*, es decir, con piedad y modestia, á fin de que os sea útil á Vos mismo y sean por él edifi-

<sup>1</sup> Amalar. *De offic. eccl.* lib. III, c. 5.

<sup>2</sup> Bona, lib. II, c. 7.

<sup>3</sup> Sozom. *Hist.* lib. VII.

cados cuantos lo oigan. Al recibir la bendicion del celebrante, el diácono le besa la mano, en señal de su respeto y de su gratitud.

Entonces precedido del incienso, símbolo de la oracion, única que puede hacer fecunda la palabra de Dios, y del suave perfume de las virtudes que ésta derrama en los corazones<sup>1</sup>, el diácono se dirige al lugar destinado para la lectura, que debe ser oida por todo el pueblo; el turiferario va precedido de tres ministros, dos de los cuales llevan cirios encendidos y el tercero la cruz. Los cirios encendidos que preceden al libro sagrado representan la alegría que nos comunica el Evangelio, y recuerdan á los cristianos que Jesucristo, cuya palabra van á oír, es la luz que ilumina á todos los hombres al venir á este mundo, siendo el fuego de aquellas luces el símbolo de la caridad que el Evangelio debe encender en nuestros corazones. Uno de los ministros lleva la cruz, y el estandarte del Salvador dice con harta elocuencia que él mismo se dispone para hablar en su Evangelio y que van á ser proclamadas máximas de mortificación, queriendo que sus discípulos tengan su imágen á la vista, á fin de que se acostumbren á alimentar su sentimiento en su corazon.

El diácono levanta el libro, no solo para que sea visto y honrado de los que se disponen á oirlo, sino tambien para anunciar que la moral que va á instruirles ha descendido del cielo; á su vista todos los que están en el coro se levantan por respeto, y penetrado de igual sentimiento, el clero permanece tambien en pié sin apoyarse de modo alguno en los sitiales<sup>2</sup>.

Hasta el siglo IX, el diácono, al llegar á la tribuna ó lugar destinado para entonar el Evangelio, se volvia hácia el Mediodía, es decir, hácia los hombres, los cuales separados de las mujeres ocu-

<sup>1</sup> Append. ad Sacr. S. pág. 258.

<sup>2</sup> Así se ha recomendado desde la época en que se introdujeron los apoyos en las iglesias. La duracion del oficio no permitia á todos los fieles el permanecer en pié sin apoyo, así es que en el año 800 se estableció la costumbre de apoyarse en bastones; este uso siguió durante los siglos IX, X, XI y XII habiéndose dado á los bastones la forma de una horquilla para apoyarse mejor: tiempo despues introdujéronse escaños y sitiales, y tambien el pequeño apoyo llamado *misericordia*, el cual sirve de silla sin parecerlo. Sin embargo al leerse el Evangelio, todos los fieles dejaban sus bastones ú horquillas, permaneciendo en pié, como servidores delante de su señor. (Amalar. lib. III *De eccl. Offic.* c. 18). Los cristianos orientales se sirven aun de bastones en forma de horquilla, y los dejan durante el Evangelio. Véase á Lebrun, pág. 225.

paban aquella parte de la iglesia; mas desde la fecha indicada el diácono se vuelve hácia el Septentrion: «Semejante cambio reconoce por causa una razon misteriosa; el aquilon representa el hálito «del espíritu maligno;» la misma Escritura, dice un antiguo autor<sup>1</sup>, así nos lo enseña en cuanto dirige al demonio estas palabras: *Ó Lucifer, tú que en tu corazon decias: Me sentaré en el monte del testamento á los lados del aquilon*<sup>2</sup>, y por esto es que al leer el Evangelio se vuelve el diácono hácia la parte izquierda de la iglesia, que ordinariamente es el Septentrion, para manifestar la intencion de desvanecer con la palabra de Dios las malas impresiones del hálito del aquilon, es decir, del demonio.

Despues de elevar el diácono la voz para decir al pueblo: *Dominus vobiscum: El Señor sea con vosotros*; de lo cual tiene extrema necesidad en tan solemne momento, los oyentes se levantan y dicen: *Et cum spiritu tuo. Y con tu espíritu*. En los pasados siglos habríais visto á los fieles deponiendo respetuosamente sus bastones, y á los caballeros de las diferentes Órdenes militares, y á la nobleza polaca desenvainar la espada y tenerla elevada durante toda la lectura del Evangelio, manifestando así su disposicion para seguir la santa ley del Señor, para combatir con denuedo y para derramar su sangre en defensa de la Religion: la historia, deslumbrante con sus hechos inmortales, atestigua que no era esto una vana ceremonia<sup>3</sup>.

El diácono hace la señal de la cruz sobre el libro sagrado, y luego en su frente, en sus labios y en su pecho, y anuncia el nombre del Evangelista que nos ha transmitido la verdad que la Iglesia va á proponer á nuestra meditacion; pues aunque Jesucristo confió á cuatro de sus discipulos el cuidado de hacernos saber los preceptos y sus acciones, reina tan perfecto acuerdo entre ellos, que puede decirse y se dice siempre: *Continuacion del santo Evangelio de Jesucristo: Sequentia sancti Evangelii*, contestando todos nosotros: *¡Dios mio, gloria á Vos!* Colocado el libro de los Evangelios en un pupitre ó facistol, ó sostenido por el subdiácono, el diácono, segun el rito romano, lo incienso tres veces; una en medio, otra en la derecha, y la tercera en la izquierda, como para manifestar que allí está la fuente del perfume de la divina palabra que debe derramar-

<sup>1</sup> Remig. Antiss. *Exposit. missæ*.

<sup>2</sup> Isai. xiv, 13.

<sup>3</sup> Bona, lib. II. c. 7.

se en nuestros corazones; segun el rito parisiense, el turiferario es el que en vez de incensar el libro incienso al diácono que va á pronunciar en alta voz la santa palabra<sup>1</sup>.

Despues que el diácono ha cantado el Evangelio, el subdiácono lleva el libro abierto al celebrante, el cual lo besa, y es incensado como el principal ministro que, segun expresion de san Pablo, *debe esparcir por todas partes el buen olor del conocimiento de Jesucristo*<sup>2</sup>. Ahora bien, ¿qué debemos deducir del aparato con que la Iglesia reviste la lectura del Evangelio, de las oraciones que la preceden, de las ceremonias que la acompañan y la siguen, sino que nuestro deber es escucharla con un corazon puro ó penitente al menos, y que el temor, la veneracion, la docilidad, la confianza y la fe son otras tantas disposiciones necesarias para semejante ceremonia?

La lectura del Evangelio va seguida de la instruccion los domingos y dias de fiesta, costumbre tan antigua como el mismo Cristianismo, pues la vemos practicada desde los tiempos apostólicos<sup>3</sup>; nada mas natural: el Evangelio, semejante al maná que caia en el desierto, y que necesitaba de ciertas preparaciones para convertirse en el alimento de los israelitas, necesita tambien ser preparado para que pueda convertirse en alimento de nuestra vida espiritual; es un pan que debe mascarse para los pequeñitos, es decir, para los fieles, y esta es la importante funcion que el sacerdote va á desempeñar.

No ignorais que la instruccion que se hace en las misas solemnes se llama *sermon*, pero quizás no sabeis lo que significa esta palabra que tantas veces ha llegado á vuestros oidos; *sermon* equivale á *anuncio*<sup>4</sup>, y en efecto, el sacerdote anuncia las fiestas de la semana, los futuros matrimonios, y finalmente la palabra de Dios, que no es mas que el comentario del Evangelio. En muchas diócesis preceden al sermon ciertas oraciones admirables llamadas *oraciones del sermon*, y en ellas la familia católica, reunida al pié del altar, ruega por sus superiores espirituales y temporales, por los vivos y por los muertos, costumbre que nos enseña que la caridad es católica

<sup>1</sup> Lebrun, pág. 230. Esta costumbre data de mas de ochocientos años y se halla descrita en el *Ordinario del Monte-Casino*, escrito en el año 1100.

<sup>2</sup> II Cor. ii, 15.

<sup>3</sup> Just. *Apol. II*.

<sup>4</sup> *Præconium*.

como la fe, y que para tomar parte en el mismo sacrificio debemos, á ejemplo de nuestros padres, tener solamente un corazón y un alma; con lo dicho puede venir en conocimiento de cuán importante es asistir á la misa parroquial.

¿Habeis reflexionado alguna vez en todo lo que tiene de social la instruccion evangélica del domingo? En los pueblos mas célebres de la antigüedad no se encuentra nada parecido á ella; demos, pues, gracias á nuestro Señor por habernos preparado en su Iglesia un curso de enseñanza ignorado hasta su venida por todos los sabios de la tierra: ved ahora la moral que el sermón enseña: la humildad, cuyo nombre no tiene sinónimo en ningun filósofo pagano, puesta en lugar del orgullo, una de las mas terribles enfermedades de nuestra naturaleza; el amor de Dios y de los hombres predicado como el fin y sumario de la ley; las virtudes todas recomendadas, los vicios todos proscritos; excitadas y apoyadas en dignos motivos todas las disposiciones del hombre para el bien; tal es la instruccion evangélica de la cual la santa igualdad de los cristianos es una de las mas tiernas máximas. La filosofía reconocía aun libres y esclavos, patricios y plebeyos, y llamaba á los emperadores *dioses*, cuando la Iglesia daba ya á todos los hombres el nombre de queridos hermanos, de hijos de Dios, de herederos de su gloria, cuando establecía en la tierra la imagen de la sociedad del cielo, y cuando les enseñaba, como lo hace en el día, á consagrar el día séptimo á la comunión de las mismas oraciones y de los mismos ritos<sup>1</sup>.

Al bajar el sacerdote del púlpito, vuelve al altar donde entona el *Credo*, el cual no es mas que una solemne protesta de que se creen todas las verdades cuya explicacion acaba de oirse, y de que se seguirán y practicarán fielmente. El Símbolo que se canta en la misa fué compuesto en el año 325 por el concilio general de Nicea, á pesar de lo cual se llama tambien símbolo de Constantinopla, porque el concilio general que se celebró en aquella ciudad añadió á él explicaciones opuestas á los nuevos errores de los Macedonios, habiendo creído la Iglesia que esta fórmula, mas extensa que la que nos legaron los Apóstoles, inspiraría á los cristianos mayor respeto por los dogmas que la misma encierra, y mas firme fidelidad en guardarlos, si bien ya digamos la fórmula transmitida por los Apóstoles.

<sup>1</sup> Véase á Jauffret, *Del culto público*, pág. 211.

les, ya cantemos con la Iglesia el símbolo de Nicea ó de Constantinopla, es siempre una la fe que profesamos<sup>1</sup>.

¡Ah! ¿quién no sentirá robustecerse su fe á semejante idea? Si un milagro del poder divino reuniese de repente en una de nuestras iglesias á los católicos de todas las regiones del universo; si el mismo milagro despertase á las generaciones que se han extinguido durante los diez y ocho siglos que preceden al nuestro, y nos fuese dado comprender su canto y su lenguaje, oiríamos que todos dicen el mismo Símbolo que nosotros repetimos, y que nuestros nietos repetirán despues de nosotros. Por otra parte, si el mismo milagro de que estamos hablando llamase de nuevo á la vida á todos los herejes, á los protestantes todos de los varios siglos y países, y se preguntase á cada uno de ellos por su profesion de fe, ¿qué escucharíamos? Una confusion de voces, verdadera imagen del infierno ó de la torre de Babel; tantos símbolos como sectas, como individuos en cada secta; símbolos opuestos unos á otros, y variables segun los tiempos y los lugares. Ahora bien, siendo la verdad una, decid, ¿de qué parte se halla, entre los católicos ó entre los protestantes?

Hasta el siglo v no se rezó el Símbolo durante la misa; única-

<sup>1</sup> Sobre la composicion del Símbolo de los Apóstoles, copiamos una interesante observacion de san Agustin; la tradicion habia hecho saber al gran Doctor lo que va á leerse: «Cada apóstol compuso un artículo del Símbolo católico:

«Pedro dijo: *Creo en Dios Padre, todopoderoso.*

«Juan dijo: *Criador del cielo y de la tierra.*

«Jaime dijo: *Y en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor.*

«Andrés dijo: *Que fué concebido por el Espíritu Santo, y nació de santa María virgen.*

«Felipe dijo: *Padeció debajo del poder de Poncio Pilato; fué crucificado, muerto y sepultado.*

«Tomas dijo: *Descendió á los infernos, y al tercero día resucitó de entre los muertos.*

«Bartolomé dijo: *Subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso.*

«Mateo dijo: *Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.*

«Jaime, hijo de Alfeo, dijo: *Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica.*

«Simon dijo: *La comunión de los santos, el perdón de los pecados.*

«Judas dijo: *La resurrección de la carne.*

«Matías lo terminó, diciendo: *Y la vida perdurable.»*

(S. Aug. *Serm. Domini in ram. palm.*.)

mente el día del Viernes Santo, el obispo lo recitaba en alta voz durante el sermón que dirigía á los catecúmenos, mas en el año 510 viendo Timoteo, obispo de Constantinopla, que los errores de los Macedonios hacían algunos prosélitos, lo mandó cantar como una protesta contra la herejía <sup>1</sup>. Esta costumbre se hizo en breve extensiva al Occidente <sup>2</sup>, si bien á principios del siglo xi no se rezaba todavía en Roma; véanse acerca de esto las notables palabras de un autor antiguo <sup>3</sup>, testigo ocular de lo que refiere:

«Durante la visita que hizo á Roma el emperador san Enrique «en 1016, quedó muy admirado al ver que no se cantaba el *Credo* «en la misa, y habiendo preguntado la razón de ello á los ministros «del altar, contestáronle en mi presencia: La Iglesia romana no «canta el *Credo*, porque jamás se ha mancillado con herejía alguna, «sino que por el contrario, según la doctrina de Pedro, permanece inmutable en la integridad de la fe católica: por lo tanto no «necesita cantarlo como las iglesias que han podido caer en el error.» Á pesar de esto, el santo Emperador rogó al Sumo Pontífice que se cantase el Símbolo en Roma lo mismo que en el resto de la cristiandad; el papa Benedicto VIII accedió á sus súplicas, y se cantó el Símbolo, y se canta aun en el día <sup>4</sup>.

Al llegar á estas palabras del *Credo*: *Et homo factus est: Y se hizo hombre*, debemos prosternarnos é inclinarnos para honrar las humillaciones de Jesucristo. «Solo por medio de la humildad, dice «san Agustín, podemos acercarnos á un Dios *humilde*; humildad «no de nuestros cuerpos, pero sí de nuestros corazones que deben «penetrarse de los sentimientos de un Dios hecho esclavo para devolvernos la libertad; hecho *hombre*, y hombre pobre, él, que impone leyes á la naturaleza toda; hombre oscuro, él, que descendía de los reyes de Judá y que había sido coronado rey de las naciones; hombre mortal, él, que no había pecado, y que por lo tanto no había merecido la muerte. Humillense, pues, todas las criaturas al recordar el misterio de un Dios descendiendo desde lo alto de su gloria al profundo abismo de las humillaciones é indignidades para salvar el mundo culpable.»

<sup>1</sup> Theodor. Lector. *Lib. Collectaneorum*.

<sup>2</sup> Conc. Tolet. III, can. 2.

<sup>3</sup> Berne Augiens. *De rebus ad miss. pertin.* c. 2.

<sup>4</sup> Bona, lib. II, c. 8.

Actualmente se reza el *Credo* en ciertos días por tres razones principales: primera, para proclamar de generación en generación los triunfos conseguidos por la Iglesia contra las antiguas herejías; segunda, con motivo de la reunión del pueblo, pues se canta todos los domingos, días destinados en todos los tiempos para juntarse los cristianos, y tercera, por la relación del Símbolo con la fiesta que se celebra; así es que se canta en las fiestas de nuestro Señor, porque habla de él en el Símbolo; en las de los Apóstoles, quienes nos anunciaron la fe, y en las de los Doctores, que la predicaron y defendieron. Hemos dicho que durante los primeros siglos no se cantaba ordinariamente el *Credo*; mas cuando debía rezarse, se mandaba salir á los catecúmenos, y entonces empezaba la misa de los fieles, componiendo la de los catecúmenos todo lo que precede, desde el principio hasta después del sermón.

Este es el lugar á propósito para manifestar las analogías que existen entre las varias ceremonias de la segunda parte de la misa y las circunstancias de la Pasión: en el sacerdote rezando el Intronito la piedad ve á *Jesús presentado á Anás y á Caifás*, en cuyo lugar fué abofeteado; en el sacerdote rezando el *Kyries*, á *Jesús* re-negado por san Pedro; en el sacerdote volviéndose hácia el pueblo para decir *Dominus vobiscum*, á *Jesús* mirando á san Pedro y convirtiéndole; en el sacerdote dirigiéndose á leer la Epístola, á *Jesús* conducido á la presencia de Pilatos; en el sacerdote volviendo al medio del altar á rezar el *Munda cor meum*, á *Jesús* presentado á *Herodes*; en el sacerdote leyendo el Evangelio, á *Jesús* escarnecido y presentado de nuevo á *Pilatos*.

Las oraciones de que se compone la segunda parte de la misa indican suficientemente el sentimiento que debe dominar en nuestra alma durante la misa, la fe: ¿y cuál debe ser la intensidad y viveza de la que albergue nuestro corazón al considerar que allí, á nuestra vista, sobre aquel altar, entre las manos del sacerdote, va por nosotros á descender del cielo y á inmolearse el Deseado de las naciones, objeto de los votos y suspiros de los cuarenta siglos antiguos, término de todos los acontecimientos del mundo antes y después de su venida; el que adoran los Ángeles y los Serafines, Aquel en quien creyeron las legiones de Mártires y de Santos que nos preceden; el que cambió la faz del universo, el que le juzgará, y el que glorificará con él, por espacio de siglos sin fin, á los fieles imitadores de sus divinos ejemplos? ¡Con cuánto arrobamiento

debe estar atenta nuestra alma á la inefable maravilla que va á suceder!

II. Tercera parte de la misa. — Hemos llegado ya á la tercera parte de la misa, la cual comprende el principio del sacrificio ó el ofertorio y las oraciones que le siguen hasta el prefacio. En los primeros siglos, terminadas las oraciones, ceremonias é instrucciones de que acabamos de hablar, y que formaban la preparacion para el tremendo sacrificio, el diácono mandaba salir á los catecúmenos, á los penitentes, á los judíos y á los herejes, pudiendo permanecer únicamente los que poseian la gracia del Bautismo y la habian conservado intacta ó recobrado por la penitencia; antigua costumbre que nos manifiesta el profundo respeto que la Iglesia ha tenido siempre á los divinos misterios, que es por sí sola una prueba de su fe en la presencia real de nuestro Señor en la Eucaristía, y que nos enseña la santidad con que debemos asistir á la misa; y si los pecadores no son ahora excluidos como antes, la Iglesia quiere al menos que asistan á ella con un deseo, con un principio de conversion, con aquellos gemidos que partiendo de un corazon contrito y humillado atraen la misericordia de Dios.

Antes del ofertorio, el celebrante saluda de nuevo á los fieles con la fórmula acostumbrada: *Dominus vobiscum*, y por su parte el pueblo, viendo acercarse el terrible momento y sintiendo con mas intensidad la importancia de que su sacrificador esté revestido de la virtud celeste, contesta deseando para él la asistencia del Señor: *Et cum spiritu tuo*. Vuelto de nuevo hacia el altar, el sacerdote dice *Oremus*: Oremos; exhortando á la asamblea á unirse mas estrechamente con Dios, á medida que se dispone todo para la grande accion; en seguida reza la oracion llamada del *Ofertorio*, porque durante ella ofrecian los fieles en la primitiva Iglesia el pan y el vino destinados para el sacrificio <sup>1</sup>.

Semejante ofrenda se verificaba del siguiente modo: Los fieles, uno por uno, y los hombres primero y las mujeres despues, ponian el pan y el vino que deseaban deponer en el altar encima de unos manteles blancos; el obispo recibia estas oblaciones, que eran luego colocadas por un subdiácono en un mantel sostenido por dos acólitos; el arcediano recibia los pequeños cálices ó vinajeras <sup>2</sup> que los fieles le

<sup>1</sup> Bona, lib. II, c. 8.

<sup>2</sup> Amulas.

presentaban, y derramaba el vino que contenian en un grande cáliz que aguantaba un subdiácono. El arcediano colocaba en el altar tantos dones ofrecidos <sup>1</sup>, cuantos eran necesarios para la comunión del pueblo, ó bien los presentaba al obispo, para que éste los colocase allí, y luego derramaba el vino al través de un colador en el cáliz en que debia hacerse la consagracion; un subdiácono iba á recibir del primer chantre la vinajera del agua <sup>2</sup> y la entregaba al arcediano, el cual derramaba parte de su contenido en el cáliz, y colocaba éste en el altar, delante del pontífice, y á la derecha de las oblaciones <sup>3</sup>.

Los presbíteros y demás ministros de la Iglesia hacian sus ofrendas en el altar, así como los fieles las hacian fuera del coro de la balaustrada que separaba el clero del pueblo <sup>4</sup>, hasta donde salia á recibirlas el obispo ó presbítero oficiante, estando el emperador, por respeto hácia la soberana dignidad de que se hallaba revestido, exceptuado de esta regla general para los legos; el monarca deponia personalmente su ofrenda en el altar, esto es, el pan que habia preparado con sus propias manos, y con motivo de esta costumbre tuvo lugar uno de los hechos mas notables de nuestra santa antigüedad, hecho que refiere en estos términos san Gregorio Nazianceno:

Hallándose el emperador Valente en Cesarea, asistió á la iglesia el día de la Epifanía, rodeado de sus guardias, y se mezcló solo por ceremonia, pues era arriano, con el pueblo católico; al oír el canto de los Salmos, al ver á aquel pueblo inmenso y el orden que reinaba en el santuario y en sus alrededores; al considerar á los ministros sagrados, mas semejantes á Angeles que á hombres, á san Basi-

<sup>1</sup> Oblata.

<sup>2</sup> Fontem.

<sup>3</sup> Orden romano.

<sup>4</sup> De este modo todos los fieles ofrecian al altar pan, vino, aceite y cuanto era necesario para la celebracion de los santos misterios y para la Comunión; lo que sobraba se destinaba para sustento de los ministros del altar. La diversidad del pan y del vino ofrecidos para consagrar no carecia de inconvenientes, así es que la Iglesia creyó oportuno disponer que una sola persona ofreciese el pan, el vino y las luces necesarias para el sacrificio, y que el resto de los fieles ofreciese en dinero lo que tuviese devoción de dar para la subsistencia de los eclesiásticos; este es el origen de las *ofrendas* en las misas mayores de los domingos. Conservase todavía un vestigio de semejante costumbre en la misa solemne de Difuntos, en la que se ofrece pan, vino, trigo, cirios y dinero, accion que no es una pura liberalidad, sino que está conforme con lo que siempre se ha practicado en todo sacrificio, en el que, el que lo ofrecia debia dar la hostia, y á la costumbre mas religiosamente observada entre los antiguos fieles.

lio delante del altar con el cuerpo inmóvil, la mirada fija, el espíritu unido á Dios, como si nada extraordinario hubiese sucedido; al mirar á cuantos le rodeaban sobrecogidos de temor y de respeto, Valente no acostumbrado á semejante espectáculo sintió turbarse su cabeza y oscurecerse su vista; en un principio nadie fijó la atención en ello, mas al tener *que llevar hasta el altar su ofrenda que habia hecho con sus propias manos*, y al ver que nadie la recibia como así era costumbre, puesto que todos ignoraban si san Basilio queria ó no recibirla, vaciló de tal modo, que hubiera caido vergonzosamente á no tenerle la mano para sostenerle uno de los ministros del altar <sup>1</sup>.

Mientras se hacian las ofrendas cantábanse los Salmos, costumbre que se observaba ya en el siglo IV <sup>2</sup>, si bien su origen data de tiempos mucho mas remotos; trasladémonos sino al templo de Jerusalem, y veremos al pueblo judío ofrecer sus holocaustos y primicias entonando cánticos, y al sonido de las trompetas y atabales, á fin de manifestar el regocijo con que presentaba al Señor los dones que de su munificencia recibiera. Nuestros padres, no menos agradecidos que los judíos, acompañaron tambien sus ofrendas con el canto de los himnos sagrados; y así como hemos heredado su costumbre, ¿hemos heredado acaso su piedad para con Dios? Así pues, el ofertorio que cantamos aun en el día es, al mismo tiempo que una preciosa leccion, un venerable recuerdo, y se canta lentamente, á fin de dar tiempo al sacerdote para hacer la ofrenda del pan y del vino y rezar las oraciones acompañatorias.

Terminada la ofrenda del pueblo, el obispo se sentaba en su sitial, lavábase las manos, y volvía al altar; preparémonos para seguirle á él.

#### Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber rodeado el santo sacrificio de tantas oraciones y ceremonias hechas expresamente para reanimar mi fe y mi piedad; hacedme la gracia de que penetre su espíritu.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *escucharé la lectura del Evangelio como habria escuchado al mismo Jesucristo Salvador nuestro.*

<sup>1</sup> Fleury, t. IV, pág. 244.

<sup>2</sup> S. Aug. *Retract.* lib. II, c. 2.

## LECCION XIX.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Tercera parte de la misa (continuacion). — Ofertorio en los tiempos presentes.

Visto el modo como se hacia el ofertorio hasta el siglo XI, vamos á explicar cómo se hace en el día; el sacerdote descubre el caliz, á propósito de lo cual diremos que el uso de cubrir el cáliz con un velo existia ya en los primeros tiempos del Cristianismo <sup>1</sup>, y manifiesta el respeto que la Iglesia ha profesado constantemente á los vasos destinados al altar; descubierto el cáliz, extiende el corporal, es decir, el lienzo sobre el que debe descansar el cuerpo de Jesucristo. El corporal debe ser de lino, porque de lino era el sudario con que fué envuelto nuestro Señor, y así mismo lo decia san Jerónimo hace mil cuatrocientos años; el uso del corporal ha sido establecido por la Iglesia para mayor limpieza y para evitar los inconvenientes que podrian resultar de derramarse una gota de la preciosa sangre. Antiguamente el corporal era tan largo y ancho como la parte superior del altar, de modo que debia doblarse varias veces sobre el cáliz para cubrirlo <sup>2</sup>; mas como fuese esto muy incómodo, sobre todo desde que se introdujo la elevacion del cáliz, que algunos pretendian tener cubierto aun al elevarlo, se hicieron dos corporales mas pequeños; uno que se extiende encima del altar, y otro doblado del mejor modo para cubrir el caliz; poniendo un carton entre los dos dobleces de este último, á fin de que se mantuviese mas firme y de que fuese mas manual; el nombre que se le da es el de pália, que significa capa ó cobertor <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Canon. apost. 72; Bona, lib. I, c. 25.

<sup>2</sup> S. Greg. Tur. *Hist.* lib. VII, c. 12.

<sup>3</sup> Pallium; Bona, lib. I, c. 27. En Italia no existe el carton <sup>1</sup>, lo que hace mucho mas sensible el origen de la pália.

<sup>1</sup> Tampoco lo hay en España donde, como en Italia, se usa para cubrir el cáliz de un lienzo sencillo, bien que guarnecido de encajes. (*Nota del Censor de la LIBRERÍA RELIGIOSA*).